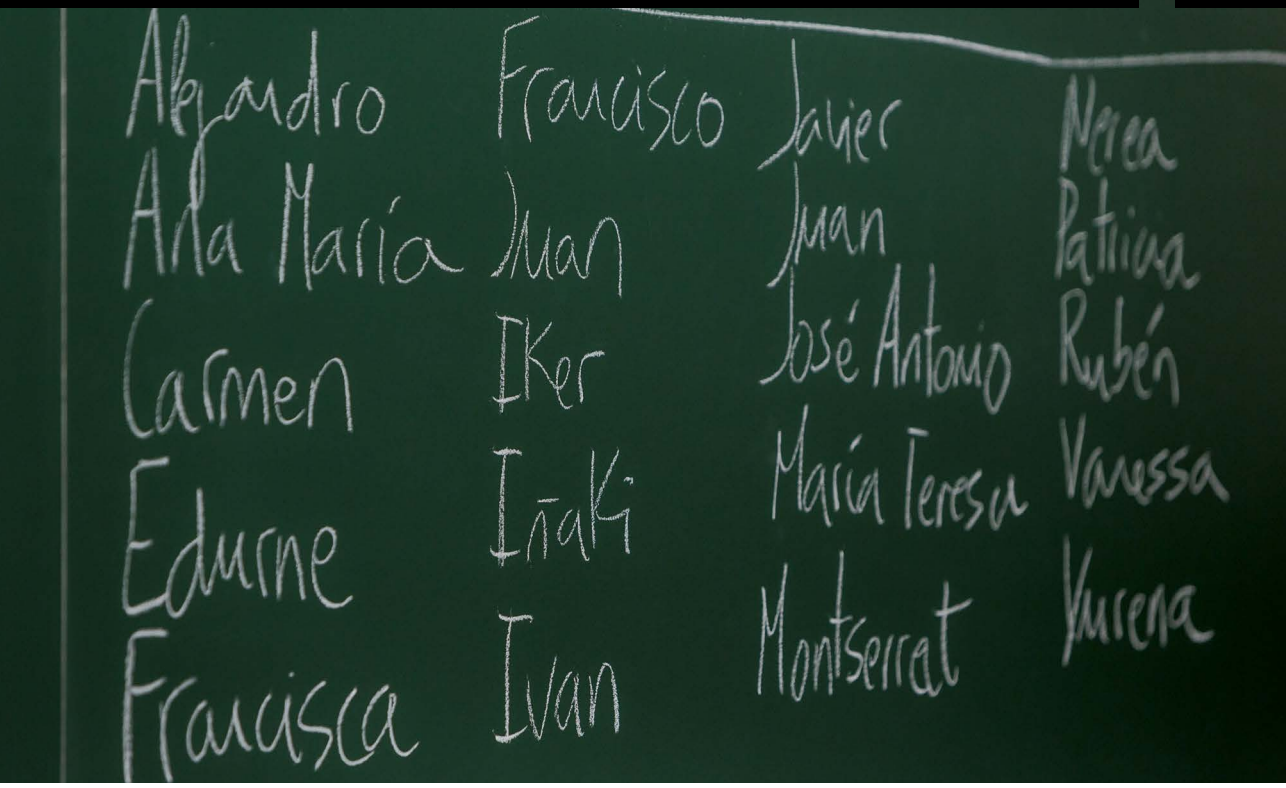


Antroponimia y sociedad

Una aproximación sociohistórica al nombre de persona como fenómeno cultural

Demetrio Castro

Universidad Pública de Navarra
Nafarroako Unibertsitate Publikoa

Antroponimia y sociedad

Una aproximación sociohistórica al nombre de persona como fenómeno cultural

Antroponimia y sociedad

Una aproximación sociohistórica al nombre de persona como fenómeno cultural

Demetrio Castro

upna
Universidad Pública de Navarra
Nafarroako Unibertsitate Publikoa

Colección Ciencias Sociales, n.º 26

Título: *Antroponimia y sociedad. Una aproximación sociohistórica al nombre de persona como fenómeno cultural*

Autor: Demetrio Castro Alfín

Edita: Universidad Pública de Navarra / Nafarroako Unibertsitate Publikoa
1º edición: 2014

Foto de cubierta: Iñaki Zaldua
Composición Pretexto

ISBN: 978-84-9769-310-3

© Universidad Pública de Navarra / Nafarroako Unibertsitate Publikoa
© Demetrio Castro Alfín

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.

Coordinación y distribución: Sección de Publicaciones
Universidad Pública de Navarra
Campus de Arrosadia
31006 Pamplona
publicaciones@unavarra.es

Índice

Introducción

Capítulo primero
El nombre personal. Continuidad y cambio

Capítulo segundo
El sistema antroponímico tradicional. Un estudio de caso

Capítulo tercero
La política en los nombres

Capítulo cuarto
Los nombres de la tribu

Capítulo quinto
Nombres a la moda

Bibliografía

Introducción

Proporcionar a cada persona un nombre propio, distintivo, concebido para individualizarle, aun incluso haciendo referencia a un linaje familiar u otro grupo, y que frecuentemente mantendrá durante toda su vida, es uno de los fenómenos culturales más extendidos. Con diferencias a veces notables respecto a qué sea gramatical o semánticamente ese nombre, con o sin significado, con propósito simbólico o sin él, asignado aleatoriamente o según pautas más o menos codificadas, elegido por unos u otros individuos, impuesto con o sin algún tipo de ritual, etc., no hay prácticamente excepciones al hecho de que cualquier grupo humano o sociedad usa el nombre propio para identificar a sus miembros. Es, pues, un hecho social básico, pero que quizá por su universalidad y su habitualidad no ha merecido mucha atención en las ciencias sociales.

El estudio de los nombres de persona es un campo de trabajo acreditado de antiguo como una de las ramas de la onomástica, cuyos especialistas se interesan por cuestiones tales como, por ejemplo, la distribución de antropónimos en un espacio geográfico concreto o la evolución morfológica de los nombres con el paso de tiempo. Aunque fundamentalmente propios de la lingüística, los estudios de onomástica, en especial los dedicados a la onomástica personal, pueden arrojar también conclusiones de interés sociológico, relativas, por ejemplo, a la homogeneidad o diferencia de los nombres de persona según grupos o categorías sociales, o la coexistencia de grupos de población diferentes, entre los cuales se apreciaría lo diferente de su origen por lo distinto de sus nombres de persona respectivos. La lingüística histórica o la historia antigua y medieval han sido, pues, las especialidades más beneficiadas por este tipo de estudios. En el ámbito propio de las ciencias sociales antropólogos

y etnólogos, en este caso con enfoques más sincrónicos, han prestado también atención a los nombres de persona usados en el grupo que estudian para ilustrar aspectos como el sistema de parentesco u otros. Pero ni estos estudios son muchos ni suele plantearse el fenómeno social que es el nombre en sí. De manera, pues, que existe aún un amplio terreno, parte de él casi virgen, para el estudio del nombre personal desde la perspectiva de la sociología y de la historia cultural. Éste, y no los anteriores, es el enfoque que dicta la indagación que se hace en las páginas que siguen, inserta en un marco temporal específico, los tiempos modernos en el Occidente de raíces culturales cristianas, y tomando España como punto de referencia. Un estudio que quiere ser introductorio y cuya utilidad podrá estar en la medida en que acierte a delimitar aspectos de interés para el análisis del nombre propio como fenómeno social.

Su punto de partida puede centrarse en dos constataciones. Por un lado, los nombres usados en las sociedades europeas, o las ultramarinas moldeadas por ellas, han sido tradicionalmente un conjunto relativamente reducido, teniendo en cuenta, sobre todo, que el número de esos nombres puede ser infinito en principio. De manera que es plausible suponer que ha habido y hay mecanismos, no siempre los mismos, que tienden a seleccionar unos nombres de mayor uso. Por otro, esos nombres tienden a variar, a renovarse con el paso del tiempo, de forma que en un momento dado hay un repertorio de nombres propios habituales o más usados que no coincide con el vigente en generaciones anteriores. Es probable que esas variaciones sean menos acentuadas de lo que los observadores de cada momento creen advertir, pero las variaciones se producen, es decir las preferencias o las razones por las que se eligen los nombres no son estables. Se puede conjeturar que esos cambios reflejan variaciones culturales, que el cambio en el repertorio de nombres de persona es parte del cambio cultural, pero también puede tratarse de variaciones menos asentadas, más efímeras y transitorias, como las modas. La historia cultural y la sociología de la moda parecen, por tanto, dos marcos analíticos adecuados para adentrarse en el análisis de la antroponimia como materia social.

Los primeros pasos en la investigación que ha dado lugar a este libro fueron posibles gracias a un proyecto concedido por el Gobierno de Navarra en su convocatoria de 2002 («Antroponimia y cambio social en Navarra, 1890-1990»). Victoria y Ana Aliende, componentes del equipo, hicieron una labor excelente preparando bases de datos y allegando información. Los años en que desarrollé esa investigación coincidieron con un período especialmente grato de mi vida profesional, en el que fui profesor de la llamada Aula de

Experiencia, con la que la Universidad Pública de Navarra comenzó, con un programa de cursos para mayores, su actividad en lo que acabó siendo su Campus de Tudela. Pese a una infunda prevención inicial por mi parte, encontré allí el grupo de estudiantes quizá más motivado, activo y perspicaz de toda mi carrera de más de treinta años en la enseñanza universitaria. Lo que les explicaba en los dos cursos que pasé con ellos no tenía nada que ver con antroponimia, pero en el estrecho contacto informal que llegamos a establecer hablamos de su percepción del cambio en los nombres de persona, se prestaron a participar en grupos de discusión que me fueron especialmente valiosos, y me persuadieron de que Tudela podía ser un marco excelente para el estudio de caso que se expone en el capítulo segundo. Un querido amigo de ese grupo, José Joaquín Anadón, me dio a conocer la completísima base de datos que sobre los registros parroquiales de Tudela elaboró Jesús Marquina, quien, por su mediación, me la proporcionó con la mayor generosidad. Sin ese material, el estudio que se incluye en el capítulo segundo hubiera sido aun más laborioso y seguramente más incompleto. A ambos mi más sincera gratitud. En el tratamiento de tablas y gráficos Izaskun Sánchez Zabalza y Eduardo Castro han subsanado mis muchas limitaciones en ese terreno, y les quedo a los dos muy agradecido. Desde luego, los errores que pudiera haber sólo a mí pueden achacarse.

Capítulo primero

El nombre personal. Continuidad y cambio

Hacia 1830 observadores que dejaron testimonio al respecto en diferentes registros estilísticos hicieron notar que en la sociedad española se estaba experimentando un proceso de neonimia. En virtud del mismo proliferaban entre niños y jóvenes nacidos poco tiempo antes nombres de persona inusitados o extremadamente infrecuentes entre los que las generaciones anteriores habían venido considerando comunes y apropiados, distintos incluso de otros ya conocidos pero usados sólo por muy pocos sujetos. Efectivamente, algunos de aquellos nombres nuevos eran auténticos exónimos introducidos por entonces y agregaban por ello a lo insólito cierta sensación de extravagancia y originalidad. A la vista de tal fenómeno algunos veredictos precipitados suponían que se asistía a una sustitución completa del repertorio tradicional de nombres de persona. Los escritores costumbristas en particular, aunque fuese en parte por exigencias del tono satírico que cultivaban, pero también porque sus lectores tenían idea apropiada de lo que pretendían hacer risible, se ocuparon con alguna frecuencia del asunto. Por ejemplo, en 1832, M. J. de Larra presentaba en uno de sus artículos a un joven superficial y presumido, afrancesado y refractario a las costumbres españolas, precisando que «se llamaba Augusto porque ya han caducado los nombres de nuestro calendario»[1]. Pocos años más tarde, en parecida crítica a

1. M. J. de Larra, *El Pobrecito hablador*, n. 7, Madrid, Imprenta de Repullés, noviembre 1832, p. 13.

los usos domésticos y educativos de las familias modernas, Mesonero Romanos explicaba cómo la llegada de descendencia a una de ellas fue «llenando la casa de Carolinas y Rugeros, Amalteas y Pharamundos, con otros nombres así, desterrados de la Edad Media, que daban a la familia todo el colorido de una leyenda del siglo xiii»[2]. La literatura romántica, cuyos autores buscaban con diferentes recursos producir en los lectores y espectadores una sensación de lejanía y exotismo respecto a los escenarios medievalizantes que con tanta frecuencia pintaban, pudieron ciertamente haber puesto en circulación algunos de esos nombres olvidados, o bien simplemente inventados. Por ejemplo, López Soler, en *Los bandos de Castilla, o el Caballero del Cisne* (1830), llamó *Álvaro* y *Beatriz* a dos de los principales personajes y entre los muchos que creó en aquella novela incluyó *Roldán, Roberto* o *Arnaldo*. Gil y Carrasco, en *El señor de Bembibre* (1844) llamó también *Beatriz* y *Álvaro* a dos de los protagonistas principales y bautizó a otros como *Beltrán, Andrade, Mendo* o *Nuño*. Por no citar los *Rolando, Gilberto, Amelot* o las *Rosabela, Isabela, Rebeca* o *Flora* de las novelas de W. Scott tan traducido al español hacia 1830[3]. No tan sólo la lectura de obras de ficción a la moda estuvo detrás de aquel uso, pero sin duda fue uno de los factores que contribuyeron a extenderlo entre quienes leían u oían leer aquellas obras, si bien sobre quiénes fuesen exacta-

2. R. Mesonero [*El Curioso Parlante*], «Antes, ahora y después» [1837], en *Escenas matritenses*, Madrid, Imprenta de Yenes, 1842, III, pp. 231 y 233. La descripción de cómo se bautizó al primogénito de aquella familia resulta de interés para lo que aquí se trata: «Habían mediado acaloradas disputas sobre el nombre que le pondrían al muchacho; volviéronse a renovar aquella noche y toda ella la pasaron el papá y la mamá haciendo calendarios, pues que el común ya no sirve sino para gentes añejas de suyo, retrógradas y sin pizca de ilustración. Bien hubiera querido el papá (...) haber impuesto al joven infante algún nombre sonoro y de esperanzas, como Escipión o Epaminóndas; más (...) la mamá (...) estaba más bien por los Ernestos y los Maclovios, y otros nombres así, cantábiles, mantecosos, y que naturalmente llevan consigo mayor sentimentalismo e idealidad (...) El chico fue inaugurado con el fantástico nombre de Arturo». Aun más tarde insistiría en igual parodia: «Hasta los nombres de Pericos y Pendangas hemos cambiado por los más cantábiles de Arturos y Coralinas», M[esonero], «Las traducciones o emborronar papel», en *Semanario Pintoresco Español*, 29, 17 de julio de 1842, p. 228.

3. La nómina de los personajes de Scott puede verse en J. R. Greenfield (ed.), *Dictionary of British literary characters: 18th and 19th century novels*, Nueva York, Facts on File, 1993, pp. 626-632. Pero no era imprescindible inspirarse en Scott; los lectores más avezados podían hallar en las novelas históricas de caballerías españolas los nombres más fantásticos salidos de la espectacular inventiva de sus autores (*vid.*, por ejemplo, el índice de personajes que incluye C. Sainz de la Maza en su edición de *Sergas de Esplandián*, Madrid, Castalia, 2003, pp. 845-860).

mente esas personas, cuál pudo ser su perfil social, no pueda haber más que aproximaciones.

Cabe pensar que lo así satirizado por Mesonero y por Larra era un fenómeno de alcance limitado, algo propio de un pequeño sector de la burguesía madrileña, el grupo social en el que los dos autores se desenvolvían, y que se burlaban de ello precisamente por ser excepción dentro de una tónica de mayor convencionalismo en la elección de nombres de persona. Seguramente se trataba, en efecto, de una tendencia capitalina y más bien circunscrita a la clase media, pero hay razones para pensar que fue un fenómeno más general. La información disponible no permite saber qué grado de penetración pudo llegar a tener aquella novedad onomástica en las demás ciudades españolas e incluso en el mundo rural, pero es claro que se trató de una corriente con manifestaciones similares en sociedades próximas cuyas prácticas onomásticas eran análogas a las más comunes en España, y en las cuales, si originada en los medios urbanos y entre los grupos sociales superiores o al menos intermedios, la corriente de innovación onomástica iba extendiéndose a diferentes áreas y otros estratos de la población. Por ejemplo en Francia, en pequeñas poblaciones de la comarca del Vexin, una zona de carácter rural al noroeste de París, se pueden apreciar a mediados del siglo xix, entre 1840 y 1849, en fechas muy cercanas por tanto a aquellas en las que hicieron sus observaciones los costumbristas madrileños, importantes cambios en la estructura onomástica local, básicamente estable desde hacía trescientos años. Uno de ellos es el retroceso de los nombres más frecuentes desde el siglo xvii (*Jean, Jacques, Nicolas, Pierre, Denis; Jeanne, Anne, Marguerite*) al mismo tiempo que tenía lugar el avance de otros poco usados antes, así como la irrupción de algunos hasta entonces insólitos (*Anténor, Fuscien, Marius, Olivier*)[4]. En zonas próximas y en el período final del Antiguo Régimen y de comienzos del siglo xix, ha sido posible verificar cambios de fondo en el repertorio onomástico, por ejemplo, una apreciable diversificación de los nombres de mujer ampliando considerablemente el número de los utilizados[5], un fenómeno que cabe suponer general en la

4. J. Dupàquier, «Naming-practices, godparenthood, and Kinship in the Vexin, 1540-1900», *Journal of Family History*, 6, nº 2, 1981, p. 146.

5. Entre 1775/79 y 1820/25 los nombres femeninos utilizados crecieron un 114 %, con un ritmo de aparición de una decena de nombres nuevos por quinquenio. P. Daumas, «Les prénoms

mayor parte de las regiones de Francia. En aquel país, durante el período revolucionario, y especialmente hacia 1794, se conoció un proceso de cierto alcance, aunque transitorio en el terreno de la innovación onomástica, cuando por razones políticas, se sustituyeron viejos topónimos, especialmente los hagiónimos, y también nombres personales por otros que evocaban valores o principios del nuevo régimen. Lo que ocurría ya mediando el siglo xix, además de ser algo espontáneo y no inducido desde el poder político, podría sin embargo interpretarse más bien como efecto de «modas y caprichos personales» característico del período romántico[6]. Y cuando ya la estética y los gustos románticos estaban superados (al menos entre quienes dictaminaban sobre esas cosas) aún se apuntaba que «en nuestros días, sobre todo entre las clases inferiores, ¿cuántos Atalas, Corinas no se contarán? (...) Como si los nombres de personajes de ficción no bastaran se inventan vocablos sin significado alguno»[7]. Es decir, el fenómeno tenía manifestaciones parecidas en los dos países, si bien con ritmos y alcance diferentes, y cabe explicarlo como uno más de los cambios asociados a la extinción o retroceso de las estructuras sociales y muchas de las pautas culturales del Antiguo Régimen. Aunque valiéndose del trazo grueso de la caricatura –a fin de cuentas un modo de reflejar la realidad–, lo significativo en las observaciones de aquellos escritores satíricos es que las inserten en descripciones más amplias de usos y comportamientos ajenos y hasta opuestos a las reglas y prácticas de la sociedad tradicional, a los casticismos que parecían casar mal con el nuevo orden social de clases y de valores individuales que acompañaron la consolidación del sistema político liberal. Muchas cosas estaban cambiando en la sociedad española y entre ellas algunas, como el modo de vestir, de tratarse y divertirse «a la moderna», que interesaban a la mayoría, a la mayoría urbana al menos, tanto o más que las instituciones nuevas o los nuevos principios políticos. En ese prurito innovador al que muchos individuos se rendían, la antroponimia tenía lugar propio como uno más de los cambios de orden cul-

et l'image des filles. Recherches sur les prénoms féminins en Ile-de-France autour de la période révolutionnaire (1775-1825)», *Annales historiques de la Révolution française*, 322, octobre-décembre, 2000, pp. 114. Asequible en [http://ahrf.revues.org].

6. J. Dupàquier, «Naming-practices...», *op. cit.*, p. 147.

7. J. Corblet, *Histoire dogmatique, liturgique et archéologique du Sacrement de Baptême*, Ginebra-París-Bruselas, Societé Générale de Librairie Catholique, 1881, II, p. 267.

tural que acompañan, y en su caso impulsan, los procesos de transformación social. Con mayor o menor consciencia e intención quienes elegían aquellos nombres llevaban a cabo una expresa toma de posición, efectuaban algo así como una poco equívoca declaración social en tanto en cuanto no desconocían lo que con ello significaban. En la preferencia por nombres inusuales e incluso desconocidos, y aunque pudieran resultar imprecisas, había unas concepciones de gusto y elegancia y unas actitudes definidas en la escala de percepción e interpretación viejo /nuevo. Quienes preferían esos nombres para sus hijos efectuaban un ejercicio social de (auto)clasificación[8], y hacían uso, en la medida en la que esa elección no estuviera condicionada por otros criterios que una preferencia libre, de una facultad que generaciones anteriores no habían podido ejercer, o no habían podido hacerlo plenamente o no habían otorgado valor a la posibilidad de hacerlo por estar la atribución de nombre de persona sometida a reglas implícitas aunque frecuentemente rigurosas. En esas condiciones, y más que en etapas históricas anteriores, la elección de nombre para un recién nacido resulta un indicador de actitudes por parte de quienes lo hacen.

Como objeto de atención científica y como rama de la onomástica general los nombres de persona interesaron primero a filólogos e historiadores, por ejemplo en el estudio de sus aspectos semánticos y sintácticos, de la evolución de dominios lingüísticos o migraciones de grupos humanos, así como en investigaciones genealógicas. Los antecedentes y trabajos precursores del siglo xix fueron más sistemáticos tras la Primera Guerra Mundial y se institucionalizaron con la creación del International Council of Onomastic Sciences y sus congresos ya en la segunda postguerra. Iniciativas más reciente como por ejemplo el amplio proyecto internacional «Patronymica Romanica. Dictionnaire historique de l'anthroponymie romane» al que se debe una importante base de datos sobre toda la Romania, siguen esencialmente esas mismas pautas[9]. La orientación hacia lo que se podría llamar *socionomástica* fue más lenta y dificultosa, y mucho menos sistemática. Al reseñar en 1932 una de las primeras aportaciones en esa dirección (Karl Michaelsson, *Études sur les noms de personne français d'après les rôles de taille*

8. Ch. Bromberger, «Pour une analyse anthropologique des noms de personnes», *Langages*, 66, 1982, p. 100.

9. Su estructura puede verse en [http://patrom.fltr.ucl.ac.be/patrom.html#index].

parisiens, Upsala, 1927) un autor tan decisivo en el desarrollo de la historia social como Marc Bloch escribía: «sobre los nombres de persona, lo mejor que se puede decir es que adivinamos ahí un instrumento de sondeo cuyos resultados serán maravillosos... cuando tengamos de verdad la técnica. Hoy estamos aún lejos de ello»[10]. Prescindiendo de incursiones de ese tipo desde la historia social, la incorporación de las ciencias sociales a este campo de estudio resultó, como queda dicho, más indecisa y, con excepción de la antropología (o más bien la etnología), más tardía. La etnología, en efecto, documentaba ocasionalmente, y nunca como uno de los aspectos centrales de su registro, las variaciones de los nombres de persona de una comunidad, sus usos y el significado de esos usos en las sociedades campesinas y en las tradicionales y primitivas. Sólo con el amplio desarrollo de la sociología en la segunda mitad del siglo xx, y sin que llegara nunca a ser un campo que atrajese demasiada atención, abordaron algunas de sus especialidades, como la sociología de la familia o la sociología de la moda, los nombres de persona como fenómeno social (los procedimientos para asignarlos o el cambio en las preferencias de los mismos). Por ejemplo, en 1965 A. Rossi llevó a cabo una investigación sobre las pautas de elección de nombre para recién nacidos en familias norteamericanas de clase media[11], una de las primeras aportaciones sobre la cuestión desde un planteamiento metodológico exigente. Entre las conclusiones, visto el elevado porcentaje de niños a quienes se llamaba como a alguno de sus ascendientes directos, se sostenía que la elección de nombre, tomándolo de los hermanos, de los padres o familiares próximos, suponía un modo simbólico y efectivo de estrechar vínculos interparentales y expresar sentimientos positivos hacia la familia extensa.

No obstante su interés, las limitaciones de este estudio pionero resultan, en todo caso, notorias y derivadas sobre todo de lo reducido de su muestra tanto social (familias de una zona suburbana de Chicago) como cuantitati-

10. M. Bloch, «Noms de personne et histoire social», *Annales d'histoire économique et sociale*, IV, 1932, p. 67.

11. A. S. Rossi, «Naming children in Middle-Class families», *American Sociological Review*, 30, 4, 1965, pp. 499-513. Hay una réplica de este estudio con una muestra de 421 nombres, en su mayoría elegidos en familias protestantes, del S. E. de Oklahoma que en líneas generales llega a similares conclusiones, con salvedades que seguidamente se indican: R. D. Alford, *Naming and identity: a cross-cultural study of personal naming practices*, New Haven, HRAF Press, 1988, pp. 25-27, 127-138.

vamente (951 hijos en cohortes de ≤10 a ≥30 años). Uno posterior (el que se menciona en la nota 11), con muestra no mayor pero socialmente más diversificada del estado de Oklahoma, no sólo destacó algunas diferencias en cuanto a los porcentajes de recién nacidos a quienes se imponía nombre, como primero o segundo (*middle name*), tomándolo de un pariente –67 % en niños y 46 % en niñas frente a 70 % y 52 %, respectivamente, en la investigación de Rossi sobre Chicago–, sino que la diferencia se explicaba, precisamente, por la mayor representatividad de la escala social en la muestra de Oklahoma, con nítida asociación entre niveles superiores de la escala social y mayor frecuencia de nombres procedentes de parientes[12]. Pese a lo exiguo también del lapso considerado según las edades –del decenio de 1920 al de 1950–, el análisis de Rossi revelaba variaciones temporales en las preferencias, con una diversidad mayor de nombres entre las niñas que entre los niños, resultando los de estos últimos «más tradicionales» o menos «a la moda»[13], una variable que no se considera en el estudio de Oklahoma, veinte años posterior, a la hora de explicar las diferencias. Ésa sería, sin embargo, la idea germinal del posterior trabajo de Lieberson en el que vincula la innovación antroponímica a variaciones en el gusto y la moda, así como al declive de las pautas y normas tradicionales en procesos de modernización. En esencia, en las sociedades modernas asignar un nombre sería básicamente «una cuestión de gusto» que estaría en la base de la proliferación de nombres nuevos, sobre todo desde el decenio de 1960, y entre determinados grupos de la población norteamericana muy en especial[14]. Algo no tan diferente de lo que los costumbristas españoles del primer tercio del siglo xix habían percibido como fondo del fenómeno que satirizaban.

12. R. D. Alford, *Naming and identity..., op. cit.,* pp. 131-132. Sólo uno de cada cuatro niños de clase trabajadora tendría como nombre el de un pariente, mientras entre los de clase media y clase media alta ocurriría en el 39 % de los casos (pp. 137-138).

13. A. S. Rossi, «Naming children...», *op. cit.*, p. 504. Las categorías «tradicional» y «de moda» (*currently fashionable*) no estaban definidas en el estudio.

14. S. Lieberson, *A matter of taste. How names, fashions and culture change*, New Haven-Londres, Yale University Press, 2000. S. Lieberson y E. O. Bell, «Children's first names: an empirical study of social taste», *American Journal of Sociology*, 98, 1992, pp. 511-54. El enfoque de Lieberson tuvo antecedentes en Philippe Besnard, «Pour une étude empirique du phénomème de mode dans la comsommation des biens symboliques: Le cas des prénoms», *European Journal of Sociology*, 20, 1979, pp. 343-51. Este autor reivindicó esa antelación: «The study of social taste through first names», *American Journal of Sociology*, 100, 1995, pp. 1313-17.

Imponer y usar un nombre personal es un rasgo cultural universal, una práctica que observan todas las sociedades conocidas[15]. Pudiendo ser muy distintos en el tiempo y el espacio los sistemas que determinan el nombre personal en cada cultura, éste se asigna conforme a reglas definidas y más o menos precisas que, aun pudiendo ser muy flexibles o abiertas al azar, excluyen la arbitrariedad o el capricho absoluto. La elección e imposición de nombre propio no es, pues, una operación aleatoria. Por ejemplo, para cualquier cultura el nombre de persona tiene que ser pertinente para hacer de su portador un miembro de la categoría «persona» y, si es el caso, de alguno de sus conjuntos o grupos diferenciados (sociales, de edad, funcionales, etc.). En ciertas sociedades eso puede implicar que el mismo individuo tenga, sucesivamente o simultáneamente en función de situaciones sociales específicas, más de un nombre. Un segundo rasgo con carácter muy extendido aunque no universal, por cuanto los nombres epicenos o andróginos existen en ciertas culturas y parecen estar difundiéndose actualmente en otras, supone que el nombre actúe como marcador de género (o por mejor decir, ha de incluir los marcadores de género propios de la lengua en cuestión), especificando con adecuada claridad la identidad masculina o femenina del portador[16]. En suma, el signo que es el nombre ha de ser adecuadamente específico en su referencia a un individuo[17]. En ese sentido, es un instrumento de individualización, pero al tiempo el nombre constituye uno de sus nexos de conexión con el grupo: el nombre puede situarle en dominios sociales específicos y hasta puede constituir un mecanismo para transmitir mensajes a la sociedad en general. Por ejemplo entre los xhosa, zulúes, tonga y otros pueblos

15. R. D. Alford, *Naming and identity*..., *op. cit*. Una exposición clásica sobre las funciones y variables culturales del nombre personal es la de C. Lévi-Strauss, *El pensamiento salvaje*, México, FCE, 1984 [edición original, 1962], pp. 249-277.

16. Tan poderoso parece ser ese aspecto de la determinación referencial del nombre de persona que incluso en aquellos casos de más radical innovación onomástica, inventando nombres o tomándolos de otras lenguas, como entre la población afronorteamericana, esos nombres se acomodan a los marcadores de género peculiares del inglés mediante morfos apropiados. S. Lieberson y K. S. Mikelson, «Distinctive African American Names: An experimental, historical and linguistic analysis of innovation», *American Sociological Review*, 60, 1995, pp. 935, 939, 940.

17. Aunque no pueda serlo en cuanto a su sentido. Véase el clásico ejemplo de Frege sobre *Aristóteles* maestro de Platón, *Aristóteles* natural de Estagira; sentidos distintos para igual referencia: G. Frege, «Sobre sentido y referencia», en *Estudios sobre semántica*, traducción de U. Moulines, Barcelona, Folio, 2002, p. 53 y nota.